
Entre el soliloquio y el diálogo

Emilio Uranga

Tomado de Emilio Uranga, *Astucias literarias*, Gobierno del Estado de Guanajuato, 1990.

—Quisiera preguntarle si estas entrevistas no le son molestas.

—De ninguna manera, pero creo que el género entrevista encierra algo de inmoral en su raíz. Para decirlo brutalmente: peca en contra de una máxima kantiana que recomienda, en imperativo, jamás tratar a las personas como medios sino como fines.

—No entiendo en qué sentido opera en la entrevista esta degradación moral.

—Usted me pregunta, yo contesto. De hecho usted me sirve como caja de resonancia. Es literalmente un medio de expresión. Aun en el caso de que me asediara con preguntas que me hicieran quedar muy mal parado de contestarlas sinceramente, no deja de ser un medio. Nunca es un fin. La entrevista es una ficción de diálogo. De modo que no hable usted de que estas páginas son entrevistas conmigo. Son más bien un artificio de desdoblamiento para ir enhebrando mis ideas de una manera informal, divagante, sin exigencias estrictas de tema y de composición.

—Entrevistar es una forma de aprender y en este sentido esa humillación moral de que usted hablaba antes, pierde a mi entender una buena porción de su agravio y de su gravedad.

—Ojalá fuera así. Lo más frecuente es que el entrevistador —y éste no es su caso— acude a la entrevista con una manifiesta pobreza de inquirimiento. Ya ve que ahora, dialécticamente, le cargo la mano al “preguntón” y casi justifico la nivelación de la persona de fin a medio.

—El entrevistador tiene que aprender a entrevistar. Y este aprendizaje lo adquiere en la práctica misma de la entrevista.

—No siempre y en todos los casos. He observado que los profesionales de la entrevista pasan de uno a otro “caso” con la misma pobreza de inquirimiento. Hay una rutina, o una inercia, un callo que se le forma al practicante de este género literario. Es un género que produce, casi invariablemente, un “carácter” transportable, portátil, de manierismos. Es un género vanidoso y por ello, preferido por las mujeres. Como que se adornan en darse ingenuidad o malicia. En exhibirse así. Elena Poniatowska es una representante ideal del género; todas sus discípulas aprenden a entrevistar como ella. En verdad quisieran ser ellas por este método de imitación y, más que todo, quisieran ser *ella*, Elena... o *él*, Guillermo Ochoa.

—En realidad lo que usted señala es que el “entrevistador” asume a veces funciones de discípulo y a veces de personaje impertinente. Aunque quedaría abierta una tercera posibilidad: la de ser un receptor reflejo de lo que quiere decir el entrevistado.

—¡Pues volvemos al principio! Ya ve usted que la persona es un medio, lo cual quiere decir, en buen kantismo, que no es una

persona. La entrevista permite cierta agilidad en la exposición, descarga del rigor, y esto es saludable para personas que sufren excesivamente del agobio de la fantasía intelectual. Como que se reposan, se relajan y se distienden. Pero de aquí al "relajo", que diría mi difunto amigo Portilla, la puerta está abierta. El entrevistador toma su venganza, se cobra su rebajamiento de fin a medio con sus "relajos". Al fin de cuentas deja flotando la cuestión de si vale más, o no, que su entrevistado. Es una ordalía.

—No entiendo qué es ordalía. ¿Me deja consultar el diccionario? Gracias. La Academia sólo acepta la palabra en plural: «ordalías» y dice: «pruebas diversas que en la Edad Media hacían los acusados, llamados comúnmente juicios de Dios». Fíjese qué interesante es la etimología de esta palabra: «del bajo latín *ordalia* y éste del anglosajón *ordal*, juicio».

—En la entrevista queda a juicio de Dios quién vale más, el que pregunta o el que responde. Si usted habla de una entrevista "de" Elenita parece que lo definitivo no es el contenido de la entrevista que podría ser desprendido de ella y circular con su valor propio sin el sello de propiedad "de" Elena Poniatowska. Esta situación que se crea es bastante oscura. El «crédito», que se dice en jerga periodística, es del reportero, lo acoge bajo su nombre y a su favor. ¿No ocurriría que se han invertido los términos y que el fin sería el entrevistador y el medio el entrevistado? Todo puede ocurrir en estas zonas de fronteras tan imprecisas.

—Llevadas las cosas hasta el extremo, ¿ganaríamos algo obligando a que toda entrevista omitiera el nombre del entrevistador?

—Creo que ganaríamos mucho. Pues sería reconocer desde el inicio que el "preguntón" es un medio y no un fin. Es como si al entregar una piedra lunar el investigador concluyera su reporte diciendo: «he descubierto vestigios de piedras preciosas en esas piedras, rubí, por ejemplo»; el procedimiento de detectar ese rubí corre a cuenta del analista, no de la piedra misma. Hay entrevistadores "piedra" que luego muestran muy orondos su pieza como "piedra preciosa".

—Me parece que está usted agravando innecesariamente los vicios del reportero, que se está ensañando. Debería reconocer que le sirve de instrumento expresivo y que pese a su repugnancia moral, echa mano de él como medio. De todas formas este tratamiento como que autoriza cierta venganza por parte del instrumento, cierta «copresencia», permítame decirlo así, en el texto de la entrevista.

—Mire usted, esto es muy interesante. André Gide acuñó la expresión «entrevistas imaginarias». ¡Magistral! ¿Qué quiso decir? ¿Que él mismo se ocupaba de forjar un medio adecuado de expresión, sustituyendo al reportero "real", con nombre, con crédito, por otro a la medida de su fantasía y de sus esperanzas? Desde luego. El reportero ideal es el doble del entrevistado. El peligro es que sea «doble», juego de palabras, y que por su cuenta y para su cuenta se entrometa. O sea, que hay muchas páginas que se titulan entrevistas y que en verdad son desaseadas, entrometidas interferencias.

—El lenguaje nos impone sus tretas. Entrevistar es entrometerse. «A veces», como usted mismo concede. No siempre. El lenguaje

En la entrevista queda a juicio de Dios quién vale más, el que pregunta o el que responde.



nos permite decir: entrevistarse, con una significación muy ambigua; pues alude a la vez a ponerse frente a frente, dos personas, usted y yo, e igualmente a medio desdoblarse imaginariamente y lo que es soliloquio "adobarlo" como diálogo.

—Estoy totalmente de acuerdo, por eso le sugiero que a "esto" le llamemos *Entre el soliloquio y el diálogo*. Tal vez tuvo "esto" en la cabeza Gide cuando a su "producción" le llamó entrevistas imaginarias. Para Gide, obviamente, era el tipo ideal de entrevista; el otro tipo, el que cada día topamos con él abriendo un periódico, adolece de defectos insuperables. Es una verdadera desgracia que muchas informaciones y expresiones tengamos que extraerlas penosamente de las entrevistas y no consultarlas directamente en el artículo o en el ensayo. Una operación de intercepción, de obstrucción, de opacidad: tal es la entrevista hoy.

—De hecho usted le niega valor a la entrevista. No sólo porque incurre en una degradación moral para conformarse como género literario sino por su condición misma de elaboración que se queda medio en el aire, que no adquiere peso, que nunca embarnece sino que debilita, enflaquece.

—Así es. Me parece que escribir, como en entrevista, es una forma cómoda y flexible para el escritor. Como que no exige, fluye sin contratiempo y mima los vericuetos de una libertad desatada en la inteligencia, en la fantasía, en las ocurrencias. Para concluir: la entrevista es un epistolario coloquial.

—Esto no lo entiendo.

—Sí, la carta es un género de diálogo tan docilizado por la familiaridad que autoriza toda clase de licencias, diplomacias, confidencias y manierismos. La entrevista imaginaria excede a la carta en fueros, se los concede con magnanimidad de poderoso. ¡Ojalá que pudiéramos escribir nuestras entrevistas como si fueran cartas! ¡Qué regodeo en la facilidad!

San Rafael: Un pueblo y una empresa. Imágenes de su historia en el proceso de trabajo, 1890-1940

Laura Espejel López

Nuevos enfoques y técnicas de la Historiografía de la Revolución Mexicana y de la Historia Social han modificado nuestra forma de estudiar los fenómenos históricos; con la ayuda de la historia oral y de los acervos gráficos hemos enriquecido la visión que teníamos